



← Pintura de la Sala de Información.

Sala de Estadística. Detalle.

Es que nada les dice aquel drama a color de nuestros retablos, la inmensa luz de nuestras mesetas. ¿Y nuestras procesiones? Luz morada, del cristal en las andas, del paño en el penitente; estolas, dalmáticas, verdes, lilas, oros y malvas profundos.

Porque en España, Señor, son amarillos los cirios. ¡Y hasta tienen flores verdes!

¿Es que acaso podemos ser los españoles suaves y grises?

Y vueltos a ese mundo concreto del paisaje, siempre sobre el ara de la meseta, el imperativo indeclinable del inmenso retablo de nuestras tierras. Aquellas amarillas del Campo de Criptana y pardas de Tembleque. Verde y cal de Bailén. Playa

de reflejos metálicos (de nuestra cerámica) que remonta, cadmio y ultramar, la Alcazaba de Almería; Ríu-Raus azul y plata de Altea.

Y Bará, piedras de oro, verde del ciprés.

Y Palma, cátedra de color.

Este Ampurias, esmeralda y rubí que cierra un ciclo mediterráneo.

Por contraste, he aquí la montaña del Norte; cuanto es dado esperar de verdes profundos del castaño y el roble, y morado, y cadmio de retamas.

Si se tratase de llevar las esencias del paisaje a una obra que formará en él, diríamos que su impresión fundamental es el color; sin él dejaría de ser donde comienza su existencia,